

۱۳۳۳

*Mujeres
en la historia
1800-1940*

Edición literaria de Lucía del Mar Pérez Pérez

narrativa

M.A.R. Editor

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De las respectivas obras: © María Zaragoza, Juana Escabias, Paloma Hidalgo, Lucía del Mar Pérez Pérez, Rosi Serrano Romero, Rosario Martínez, Leticia Castro, Esther Zorrozuza Eguren, Pilar Mata Solano, Teresa Iturriaga Osa, Sara García Perate, Belén Rodríguez Quintero, Manuela Asenjo Ferrer, Elena Marqués, Sol Antolín Herrero, Teresa Galeote, Melanie Taylor Herrera, Montserrat Suáñez, Sara Sánchez Rivas, Silvia Cuevas Morales, María Luisa de León.

Del relato: © La voladura del puente, Josefina Aldecoa: herederos de Josefina Aldecoa.

De la edición: © M.A.R. Editor

De las traducciones: © Vera Kúkharava y Miguel Ángel de Rus.

Prólogo y edición literaria de Lucía del Mar Pérez Pérez

Septiembre de 2013

Ilustración de portada: Alfons Mucha.

M.A.R. Editor

<http://www.mareditor.com>

ISBN: 978-84-941489-1-0

Depósito legal: M-18014-2013

Diseño de la colección: Absurda Fabula

Maquetación M.A.R. Editor

Imprime: Publidisa

Impreso en España.

ÍNDICE

<i>La voladura del puente</i> , Josefina Aldecoa	13
<i>La caricia de la espuma</i> , Rosi Serrano Romero	23
<i>Virginia Woolf y la señora Dalloway</i> , Rosario Martínez	31
<i>En tu casa azul</i> , Leticia Castro	39
<i>Impresiones de un instante</i> , Esther Zorrozuza Eguren	45
<i>La edad de la inocencia</i> , Edith Wharton	53
<i>Entrevista a Lou Andreas-Salomé en Göttingen</i> , Pilar Mata Solano	63
<i>Rosas rojas para Maria Walewska</i> , Teresa Iturriaga Osa	71
<i>Indomable Camille</i> , Sara García Perate	81
<i>¿Dónde se esconde Madame Curie?</i> , Belén Rodríguez Quintero	87
<i>Carta de Marcela Oñoro a María de la Fuente</i> , Manuela Asenjo Ferrer	93
<i>Fragmentos de un diario</i> , Elena Marqués	99
<i>Un sueño cumplido</i> , Sol Antolín Herrero	107
<i>Sobre la aristocracia y la burguesía</i> , Marie d'Agoult	115
<i>Clara Campoamor: presente</i> , Juana Escabias	123
<i>La mujer que hablaba con las flores</i> , Paloma Hidalgo	131
<i>Mira que si te quise...</i> , María Zaragoza	137

<i>Anita Garibaldi: La heroína de los dos mundos,</i>	
Lucía del Mar Pérez Pérez	147
<i>Tomasa de San Quintín,</i> Teresa Galeote	155
<i>La horrorosa Madame Tailleferre,</i> Melanie Taylor Herrera	161
<i>El viaje de Amandina,</i> Montserrat Suáñez Sánchez	169
<i>El orificio de Ms. Shilling,</i> Silvia Cuevas Morales	177
<i>Sobre las esposas,</i> Zinaída Hippus	183
<i>La escritora,</i> La Vizcondesa de Saint-Luc	193
<i>Olga Koklova,</i> Eva Gordillo Jerez	203
<i>Retrato de mujer con collar. Mary Cassatt,</i> Emy Luna	211
<i>Lucía Sánchez Saornil,</i> María Luisa de León	217

PRÓLOGO

*No hay barrera, cerradura ni cerrojo
que puedas imponer a la libertad de mi mente.*

Virginia Woolf.

En los albores del siglo XX, el cambio político, económico y social, gestado en el siglo XIX, transformaría las vidas de millones de hombres y mujeres alterando para siempre su cotidianidad.

Una mutación especialmente palpable en las ciudades, donde las antorchas fueron cambiadas por farolas de gas y, a finales de siglo, por farolas eléctricas. Las urbes crecieron, sectorizando sus barrios según las diferentes clases sociales en un mundo ya capitalista. La burguesía, cada vez más poderosa, habitaba en las nuevas zonas residenciales de los ensanches mientras la clase obrera vivía hacinada en condiciones de insalubridad. Hasta mediados de siglo no comenzaría la traída de aguas. Surgieron los centros de ocio: las clases medias se reunían en los cafés, donde germinaban numerosas conspiraciones políticas. Entretanto, las clases populares compartían sus miserias en las tabernas o en el gallinero de los teatros.

El siglo XIX ha sido definido como el Siglo de la Historia, que se inaugura como ciencia social cuyo objeto de estudio es el pasado de la Humanidad, entendida como el conjunto formado por todos los seres humanos. Sin embargo, el protagonista de la historia ha sido el hombre, quedando la mujer relegada a un segundo plano.

¿Cómo era la vida de la mujer del siglo XIX? ¿Cómo fueron sus primeros pasos en el siglo XX? La mujer del siglo XIX ocupaba un lugar secundario en la sociedad, sometida a los designios del hombre. La Iglesia defendía el papel de la mujer como el de esposa

obediente y ama de casa al cuidado y servicio de su familia. Ni siquiera las leyes eran iguales para los hombres que para las mujeres, a las que por el mismo delito se las juzgaba más duramente. El índice de analfabetismo entre las mujeres, especialmente entre las clases medias y bajas, era altísimo. Solo unas cuantas privilegiadas tuvieron acceso a la cultura en un mundo escrito en masculino.

Pero a lo largo del siglo la situación comenzó a cambiar. El Sufragismo se extendió por toda Europa desde Inglaterra. La mujer iba a la universidad, se cortaba el pelo *a lo garçon*, y se acortará también la falda. Pero el camino no fue fácil. Toda actividad que no estuviera incluida en el ámbito del hogar era considerada una ofensa contra los cánones establecidos.

La senda recorrida por la mujer ha sido muy sinuosa. Esta obra surge ante la necesidad de la sociedad actual de recordar sus orígenes, para que las nuevas generaciones valoren, en un ejercicio de memoria histórica, el papel desarrollado por aquellas precursoras lejanas en el tiempo pero cercanas en anhelos, pasiones e inquietudes.

La obra se compone de narraciones que nos sumergen en la Europa de las Guerras Napoleónicas, siendo testigos de la valentía de la heroína madrileña Manuela Malasaña, de la llegada a la España de José I de una niña que pasaría a la historia como George Sande o de los apasionados amores de María Walewska y Napoleón Bonaparte. El Imperio Napoleónico fue el origen del desarrollo de unos sentimientos exacerbados de pertenencia a una nación, del nacimiento de una identidad cultural e histórica de los pueblos que culminaría con la creación de naciones como Italia. Este espíritu nacionalista será vivido en primera persona por Anita Garibaldi.

La expansión del liberalismo exigía una sociedad basada en la libertad individual y, en consecuencia, la defensa de la libertad aplicada a todos los ámbitos de la actividad humana.

El mundo del arte se convirtió en un excelente campo para la improvisación, buscando una ruptura permanente de lo establecido. Comienza la época de los *ismos*. Compartiremos el espíritu de la *Sezession* en la Viena de Gustav Klimt desde la atenta mirada de Emily Flöge, impregnada de *art déco*. El Impresionismo se convirtió en uno de los movimientos artísticos finiseculares más innovadores, a pesar de sus desencuentros con la pintura academicista. Una tendencia pictórica caracterizada por la máxima importancia concedida al efecto que la luz y los colores producen en la retina. Una impresión captada en un instante fugaz, un dibujo borroso, al igual que el papel de la mujer en el mundo del arte. Figuras como Berthe Morisot, Mary Cassatt o Camille Claudel pasaron desapercibidas en un mundo de hombres, en una sociedad occidental patriarcal y donde el género femenino rara vez ha sido considerado como creador.

La incompreensión y el rechazo hacia la mujer artista también alcanzaron a la pintura Naif de Seraphine Louis, o la de la española María Blanchard. Pocas artistas contaron con cierto reconocimiento. A pesar de ello, existió una mujer desafortunada y valiente que supo dar un giro a su trayectoria vital envolviendo sus miserias en un manto de colorida genialidad: Frida Kahlo, quien fue admirada por ciertos sectores, como el Surrealismo.

Otras mujeres, como la bailarina rusa Olga Koklova, aparecieron a la sombra de grandes artistas. Su determinación conquistó a un Picasso ya rico y famoso. El arte de Olga quedó empañado por los éxitos del pintor malagueño.

Algunas mujeres brillaron con luz propia, en un ámbito predominantemente masculino: Madame Tailleferre, compositora, fue la única mujer del célebre *Groupe des Six* que triunfó en la Francia del periodo de entreguerras.

Un muro infranqueable para ellas fue la ciencia. Madame Curie lo consiguió y también Beatrice Shilling, quien con su curiosidad y pericia manual se convertiría en heroína de la RAF británica durante la Segunda Guerra Mundial.

Sin embargo, es en la literatura donde encontramos un mayor número de mujeres que pasarían a la posteridad con éxito dispar. La lista incluye a Mary Shelley y su Frankenstein, la innovadora Virginia Woolf, la escandalosa Lou Andreas-Salomé o la poetisa Alfonsina Storni.

También hallamos personalidades como Marie d'Agoult, historiadora de la Revolución liberal de 1848, que publicó como Daniel Stern. Ella plasmó magistralmente las peculiaridades de las mujeres aristócratas y burguesas en la Francia del siglo XIX. No podemos olvidar a la *Musa del cambio de siglo*, la poetisa simbolista rusa Zinaída Guippius, considerada como la encarnación de la *androginia utópica* de Vladímir Soloviov.

Sin duda existió una escritora cuyo talento fue reconocido por sus contemporáneos: Edith Warthon, cuya inteligente ironía obtendría el Premio Pulitzer en 1921.

Todas somos herederas de la lucha por la igualdad que llevaron a cabo Clara Campoamor o Lucía Sánchez Saornil. Mujeres que presenciaron la agitación política propia de los comienzos del siglo XX, como Josefina Aldecoa, testigo en León de la revolución minera de 1934. Somos deudoras de su valentía, de su entrega en el combate por la conquista de las libertades, de su osadía de querer decidir sin paternalismos opresivos.

No obstante, también debemos recordar a las mujeres anónimas, nuestras antepasadas, que sobrevivieron en un mundo hostil, en condiciones durísimas. Es el caso de Tomasa de San Quintín, la aguadora de voz rota.

Mujeres en la Historia es una mirada retrospectiva hacia el desarrollo personal y social de la mujer. Una mirada de esperanza y de luz que ilumine nuestro camino actual, despejando las brumas de la desigualdad.

Mujeres escribiendo sobre mujeres, un universo en femenino, pero que deja las puertas abiertas a quien se quiera asomar.

Lucía del Mar Pérez Pérez

JOSEFINA ALDECOA
La voladura del puente



JOSEFINA ALDECOA

(La Robla, León, 1926 – Mazcuerras, Cantabria, 2011)

Escritora y pedagoga –de familia de maestros-, creadora del Colegio Estilo, basado en las ideas del Krausismo y la Institución Libre de Enseñanza. Estuvo casada con el escritor Ignacio Aldecoa, de quien toma el apellido. Su tesis doctoral tiene como tema *El arte del niño*.

En Madrid estudia Filosofía y Letras y se doctora en Pedagogía. Está estrechamente ligada al resto de autores de la Generación de los 50. En 1961 publicó *A ninguna parte*. En 1969 murió su marido y durante 10 años abandonó la escritura dedicándose a la docencia, hasta que en 1981 publicó una edición crítica de una selección de cuentos de Ignacio Aldecoa. Continuó su actividad literaria con novelas como *Los niños de la guerra*, *La enredadera*, *Porque éramos jóvenes* o *El vergel*. Posteriormente realizó una trilogía autobiográfica con las novelas: *Historia de una maestra*, *Mujeres de negro* y *La fuerza del destino*.

Asimismo publicó el ensayo *Confesiones de una abuela*, *Fiebre*, una antología de cuentos escritos entre 1950 y 1990, y en 2002 *El enigma*.

En 2004 obtuvo el Premio Castilla y León de las Letras. En 2005 publicó *La casa gris*, en la que narra, en forma de novela, su vida en Londres reflejando la diferencia de España y Europa en los años 50. En 2008 publicó *Hermanas*, su última novela.

Regresamos a casa silenciosos. Las palabras de don Germán me habían impresionado. Él había hablado de revolución.

Revolución era una palabra que yo veneraba. Revolución significaba cambio profundo, agitación definitiva, volverlo todo del revés. Pero revolución también significaba sangre y era una palabra que pertenecía a la historia de otros países, la Revolución francesa, la Revolución rusa. ¿Era esa palabra aplicable a nuestro país en ese momento?

Pocos días después iba a obtener la respuesta.

Todo estaba oscuro cuando abrí los ojos. Tras la primera explosión, débil, estalló una fuerte, estruendosa. Me pareció que temblaban las paredes de la casa. Traté de dar la luz pero no había luz. Grité: Ezequiel. Pero Ezequiel no estaba. Recordé: no ha llegado; llegará tarde como todos los días. Corrí a oscuras a la cama de mi hija. La niña estaba dormida pero se despertó al oír mi voz: Juana, Juana.

La agarré en brazos, la arropé con la colcha de la cama.

La mina, pensé. Algo ha ocurrido en la mina. Pero la sirena no sonaba. Cuando es la mina suena la sirena. Además el estruendo no venía de arriba. El ruido venía de abajo, de la carretera. Me acerqué al balcón cerrado. En la casa de Marcelina no había luces. Todo el pueblo se hundía en el silencio y la oscuridad. ¿Sólo yo he escuchado la explosión? ¿Ha sido una pesadilla? Pero sabía que no. Estaba muy despierta la segunda vez. La primera, la suave, fue la que me hizo saltar de la cama. Pero la segunda, la fuerte, estaba ahí, sonaba todavía en mis oídos. Temblando busqué a tientas la palmatoria, preparada para un posible apagón momentáneo. «No se preocupe», decía Marcelina, «porque allá arriba necesitan la luz a todas horas...»

Me senté en la cama y no podía soltar a la niña que se había vuelto a dormir en mis brazos.

La mina. La explosión tiene que ver con la mina aunque no haya sido arriba, aunque no haya sonado la sirena. El pueblo entero lo sabía, todos lo sabían, por eso nadie estaba a la puerta de sus casas. Están encerrados como yo, con su vela a los pies de la cama, esperando nuevos sonidos, datos, señales, síntomas de lo que está ocurriendo. Ezequiel está en la mina, reunido con Domingo y los otros, o en la Casa del Pueblo, en la taberna, ¿dónde?

Habían transcurrido pocos minutos y una insegura tranquilidad había sustituido, en mi ánimo, al sobresalto primero.

Ezequiel volverá. Está bajando apresurado para tranquilizarnos, para explicar lo que ha ocurrido. Un accidente. Un grave accidente. Algo que tiene como causa la mina aunque no haya ocurrido en ella. Rodaban las palabras por mi mente, las mezclaba, las revolvió, las intercambiaba.

Mina, mineros, Ezequiel. Seguía sentada porque no me atrevía a acostarme. Estaba segura de que otra vez vendría el golpe violento que me haría salir despedida de la cama.

Traté de reconstruir lo sucedido la tarde anterior, el día anterior. Nada especial. Nada que a mí me hubiera preocupado o parecido extraño. Lo accidental aparece así, de pronto. Si hubiera habido alarmas previas no habría habido accidente. Es absurdo pensar que un accidente ha sido anunciado un día antes. Un camión cargado de explosivos choca con algo, estalla. Dicen que ocurren cosas así por negligencia. Un camión de explosivos para la mina. El descubrimiento de esa posibilidad

me tranquilizó. Sólo segundos porque nuevas preguntas se levantaron dentro de mí atacando la endeble suposición. Si un camión explota, ¿dónde están las ayudas que deberían llenar la carretera?, ¿dónde la gente asustada, preguntando qué ha sido, cómo ha sido?

Con la nariz pegada al cristal trataba de desentrañar el significado de las sombras. Pero sólo veía la negrura del silencio. En la noche, a todas horas hay un hombre que sube o baja, uno que madruga o uno que se retira tarde. Y la calle estaba vacía.

No tenía reloj. Ezequiel llevaba el único que teníamos. Un reloj de bolsillo que era de su padre. Ezequiel y su reloj estarían despiertos en lo alto del pueblo. La verdad se iba abriendo camino en mi imaginación paralizada por el miedo. Algo muy grave ha sucedido para que no venga Ezequiel, para que no se mueva nadie... Como cuando estalla una guerra o empieza una revolución. Horrorizada por mi descubrimiento, petrificada de temor y de frío, permanecí inmóvil abrazada a mi hija hasta que la primera luz del alba entró por el balcón. Observé entonces que un cristal estaba rajado por efecto de la explosión. Al mismo tiempo oí pasos en la escalera. Pasos cansados, lentos, arrastrados. Ezequiel entró y me pareció que no estaba asustado. Le brillaba un extraño fulgor en la mirada y tenía una expresión rara que yo no conocía cuando dijo:

—No te asustes. Tranquilízate. Todo está controlado por nuestra gente. Han volado el puente y tienen a los Guardias retenidos en el Cuartel. Duermo una hora y subo otra vez. Vine porque quería que estuvieses tranquila...

Se echó en la cama y se quedó dormido. Su respiración era suave y me recordó la forma en que dormía después de una